

EN ESTA HORA DEL MUNDO

NOS ENTRISTECE

Racismo impenitente

Que después de veinte siglos de cristianismo, uno de cuyos dogmas fundamentales es la absoluta y fundamental igualdad entre todos los hombres, a algunos de sus hijos para hacerles comprender esta sencilla verdad cristiana. En Nueva Orleans, en efecto, el arzobispo monseñor Rummel ha lanzado un decreto de excomunión sobre quienes han manifestado su racismo antijudío y anti negro, oponiéndose a la integración de negros y blancos en las escuelas o de otras maneras. Y por cierto que son los mismos que, atacados por un virulento nacionalismo y llenos de prejuicios y de mitos, están acostumbrados a las calumnias más atroces y a fugar a llamar comunistas a todas las actitudes, incluso a las actitudes más evangélicas de la misma iglesia en cuanto contrarían sus intereses o sus delirantes ideas de raza, orgullo nacional, belicismo, etc.

La «Grandeur» de la Francia

Que en la Niza de los Carnavales y en la Francia de la grandeur, que a diario reclama su puesto de gran potencia en el mundo, una viejecita sola y pobrísima: Valentina Armada, haya muerto de hambre. Toda su fortuna en dinero se hallaba en su portamonedas: 50 centimos. Pero no era además otra gran fortuna de otra clase: su gran dignidad humana. Últimamente se había negado a que se le prestase toda clase de socorro «caritativo» por las instituciones de beneficencia. Porque ella pedía justicia, su derecho a tener asegurado el sustento, y no regales que tranquilizasen las cómodas conciencias de los demás.

En todo caso, ¿cómo puede hablar de grandeur humana una comunidad que no ha asegurado este elemental derecho para todos sus componentes y cuyos gastos de «prestigio», lujo o guerra, suponen un verdadero desperdicio? Desde luego que tal nación no debe atribirse a llamarse cristiana. En el último día se levantarán muchas

NOS ALEGRA

Un encarcelamiento honroso

La actitud del Presidente Frondizi, de Argentina, que habiendo hecho toda clase de posibles concesiones a la presión ejercida por el Ejército y los intereses financieros de su país para salvar allí la paz social, se ha negado, en nombre de los principios democráticos, a anular los resultados de unas elecciones normalmente desarrolladas, así como a dimitir para dar paso a un Gobierno prefabricado, y ha preferido la cárcel: una salida con frecuencia muy honrosa en muchas circunstancias de la vida. Pero que solememente escogen los hombres honestos.

Una extraña raza

Que no se haya extinguido aún sobre la tierra la extraña raza de los hombres que, dotados de un gran amor a la verdad y a la paz, se han de jugar diariamente su tranquilidad, su buen nombre y hasta la misma vida amenazada por los sectarios de todos los colores. Tal es el caso de Jean Mannoni, argelino que forma parte del Gobierno provisional. Tuvo atentados por parte del F. L. N., y los está teniendo por parte de la O. A. S., porque parece que este mundo quiere seguir sin escuchar unas cuantas palabras verdaderas y pacificadoras, y le gusta la gresca, esto es, la mentira y la sangre.

Por esto es natural que los hombres que reclaman la verdad y la paz por encima de todo estén destinados a morir crucificados por unos o por otros o por todos a la vez. Pero es un gozo el comprobar que, a pesar de este destino sangriento, esa raza de hombres no está extinguiéndose entre nosotros, ni se extinguirá jamás. Y que siempre existirán diez justos de esa raza que con su misma sangre alimenten la antorcha de la verdad contra todos los seclarismos y la de la paz contra todas las violencias.

EL APOCALIPSIS

TODOS los días estamos oyendo gemidos acerca de que este mundo va a la catástrofe. Es una canción ésta que gusta muchísimo a ciertos hombres de nuestro tiempo: «¿Adónde vamos a parar?» «¿El mundo está al revés?» «¿Sólo se puede esperar una catástrofe?» «Antes existía el respeto y cada uno estaba en su lugar.» «Ya no existe moral, ni religión, ni amor, etc. Pero, a veces, estas exclamaciones más que demostrar un pesimismo caprichoso ocultan en quienes las profieren unas simples situaciones privilegiadas que las transformaciones sociales ponen en peligro, y el privilegiado, tiene tendencia a pensar que, si desaparecen sus privilegios, es que ha llegado la hora del apocalipsis y de una catástrofe mundial. Porque piensa igualmente que el mundo está bien hecho, cuando él posee esos privilegios y que de otro modo estaría desequilibrado, y se pasa la vida de luto por aquella delicia de tiempos pasados que desaparecieron al golpe de los bárbaros.

Lo peor fué que esta vez la reforma agraria se hizo forzosamente por obra de un terrible ministro igualitario: la peste negra. El año 1347 se presentó de improviso en Chipre, en enero de 1348 estaba en Avignón, y en agosto llegó a Inglaterra. Europa entera vió morir, uno tras otro, a veinticinco millones de seres humanos, la tercera parte de su población, e Inglaterra quedó reducida, de unos cuatro millones, a dos y medio. De la naturaleza de la peste en sí pocas cosas sabemos, aparte de que emigra con horribles manchas los pobres cuerpos de nobles y villanos sin piedad ni discriminación, porque nadie más terriblemente democrático que este negro ministro de la muerte.

salario igual al que se pagaba antes de la peste de 1348.

Pero las leyes tan en pugna con la realidad de las cosas no se han cumplido nunca, y la evolución de las condiciones de vida de trabajadores y campesinos era imparable. Si a un jornalero, por ejemplo, un señor trataba de pagarle conforme al «Estatuto de trabajadores» un salario de antes de la peste, el jornalero emigraba a otro condado y encontraba en seguida otro patrón, más realista o más humano. Pero esa mejora obtenida en la condición económica y aun en la libertad personal de esos hombres del campo y trabajadores iba a parecer a algunos señores una señal infalible de que se atravesaban años apocalípticos, de que el mundo estaba pervertido, encenagado, hundido en horribles pecados y «desquiciado», como dicen nuestros pesimistas de hoy. «El mundo va de mal en peor —escribió Gower en 1375—; pastores y vaqueros piden por su trabajo más de lo que antes pedía un balleo. En mi tiempo, los trabajadores no comían pan de trigo. Se alimentaban de zanahorias o del grano más ordinario; no bebían más que agua; la leche y el queso era para ellos una fiesta. Entonces el mundo era como debe ser para gentes de su clase. Hay tres cosas que no tienen piedad cuando se las deja crecer: la inundación, el incendio y la multitud de los gentes de poco más o menos. ¡Ah! ¿Adónde va nuestro tiempo? Este tiempo en que el pueblo que no debía ocuparse más que en su trabajo, exige una alimentación mejor que la de sus amos...»



Como consecuencia de la enorme mortandad, las consecuencias económicas cambiaron radicalmente. Los campesinos supervivientes se encontraron hecha una especie de concentración de sus tierras, ya que éstas quedaban repartidas entre un número menor de propietarios y la escasez de mano de obra hizo a los jornaleros exigentes de sus derechos. La mayoría de los señores comenzó a arrendar sus tierras o se deshizo de ellas a bajo precio. Pero señores y Parlamento no podían tolerar la «insolencia» e «impiedad» de los braceros que pedían jornales más altos y votaron un «Estatuto de Trabajadores», que obligaba a toda persona de «baja condición» y menor de sesenta años a trabajar el campo por un

Y ayer mismo hemos escuchado nosotros una queja parecida: «En mi tiempo los obreros, en mi tiempo las criadas, en mi tiempo...» Y algunos añaden este comentario blasfemo: «Entonces andaba Dios por el mundo, o bien «El mundo está ahora dejado de las manos de Dios. Simplemente porque los que hablan así se ven ahora obligados a dejar por la fuerza lo que debieron dejar sin lucha, buenamente. Entonces verían que Dios sigue entre nosotros y que el mundo no va a la catástrofe, sino a su cumplimiento.»

JOSE JIMENEZ LOZANO

Incoherencias sobre actitudes sociales

«EL Papa reafirma el derecho de propiedad.» Estas siete palabras componían el encabezamiento de la encíclica «Mater et Magistra» en un periódico español católico.

La encíclica toca puntos muy diversos: habla de la socialización, de la remuneración del trabajo dentro de los criterios de la justicia, del proceso de adaptación entre el desarrollo y el progreso social, de las exigencias de la justicia frente a las estructuras de la producción, presencia activa de los trabajadores en las empresas, de la propiedad privada, de la propiedad pública, de la función social de la propiedad, de las relaciones entre naciones de diverso desarrollo económico, del incremento demográfico, etc., etc. El periódico titulaba la encíclica: «El Papa reafirma el derecho de propiedad».

Las páginas de la encíclica, en mi ejemplar, son setenta y cinco. De esas setenta y cinco páginas, el Papa dedica al derecho de propiedad y su confirmación poco más de una. El encabezamiento del periódico dice así: «El Papa reafirma el derecho de propiedad».

Me imagino que el lector obrero que compró aquella mañana el periódico, tras leer el encabezamiento de la encíclica, se lanzaría a las páginas deportivas con un gesto de resignación, de asco, quizás, de odio, de desprecio... Para él, una vez más, la Iglesia defendía a los ricos y no se acordaba de ellos. Si hubiera leído la encíclica tal vez hubiera cambiado de opinión, pero ¿para qué leerla si se trataba de una confirmación del derecho de propiedad, del derecho de los ricos?

Es desgraciadamente la opinión que existe sobre la posición de la Iglesia en materia social. Y creo que uno de los puntos claves es este del derecho de propiedad, defendido por la Iglesia. Me confirma la frase de Gerard, ya a principios de siglo: «El escollo mayor y el abismo más profundo es, a nuestro humilde parecer, lo relativo a la mala inteligencia del derecho de propiedad».

(...) El rico sabe que la Iglesia sostiene el derecho de propiedad; el pobre lo sabe también. El rico ese sienten defendido, apoyado por la Iglesia; el pobre, desamparado e indefenso. Paradójico, pero verdad.

La Iglesia no ha inventado el derecho de propiedad como arma de los poderosos para que puedan, con la conciencia tranquila, emplear las riquezas a su voluntad. Cuando la Iglesia, lo he dicho antes, habla del derecho de propiedad o derecho a la propiedad, habla de un derecho inherente a la naturaleza del hombre, y el pobre es pobre, pero es hombre; tiene el derecho a poseer, y el rico tiene la obligación de que el pobre pueda ejercer ese derecho.

Supongo que el empresario, el fuerte, leería con satisfacción el titular de la encíclica en nuestro periódico. El obrero, el pobre... Debería haber sido al revés, pero no lo fué.

Al opinar sobre la actitud del catolicismo en materia social se suele reconocer en el Evangelio una enseñanza y una postura de auténtica fraternidad; se reconoce también que esa postura fue sentida y practicada por los cristianos de los primeros siglos, pero que luego la Iglesia, desde Constantino, se alzó al carro de los ricos, y ha tenido que llegar el comunismo para ser el primero en clamar contra la injusticia. Confieso que yo también he pensado así, pero cuando uno lee documentos entresacados de los siglos de la historia, de los Padres antiguos, de los juristas del Siglo de Oro español y francés, se convence de que, aunque ha existido el reverso de la medalla, a lo largo de los siglos «ha mejorado» la Iglesia ha estado de parte de la fraternidad social y contra el egoísmo de los fuertes, y se convence de que, por fortuna, nunca ha faltado quienes recordasen las más duras obligaciones, sin temor a perder posiciones, cátedras, púlpitos y amistades...

(...) ¿A qué se debe el desconocimiento lamentable que hay en España —no puedo hablar de otros países— de la doctrina social, y la identificación de Iglesia y defensora de los ricos? ¿Tal vez al proceder o «modus vivendi» eclesiástico? Creo sinceramente que no. Es un problema de conocimiento o desconocimiento, no de testimonio. Es verdad que el testimonio influye en la estima o el desprecio, pero no

es nuestro caso. No me pregunto por qué se desprecia la doctrina social, sino por qué se desconoce.

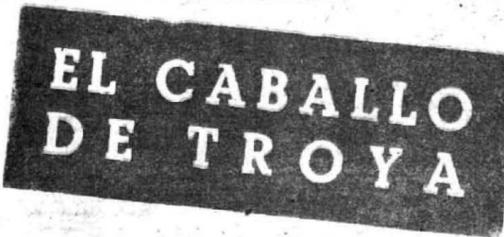
(...) Si nuestro periódico hubiera resaltado en su titular, pongo un ejemplo, el derecho de los obreros a participar en los beneficios de la empresa, la opinión del obrero hubiera recibido un impacto favorable. Pero éstas y otras ideas quedan enterradas bajo los gruesos titulares que proclamaban la reafirmación del derecho de propiedad, como quedaron enterradas en otras ocasiones palabras como éstas: «Nos, efectivamente, vemos la continuamente creciente masa de trabajadores encontrarse con frecuencia ante las excesivas concentraciones de bienes económicos que, disimulados de ordinario bajo formas anónimas, llegan a sustraerse a sus deberes sociales y ponen al obrero poco menos que en la imposibilidad de formarse una propiedad suya efectiva.» «No cumplirían su deber los sacerdotes y los señores que cerrasen voluntariamente los ojos y la boca ante las injusticias sociales de que son testigos, dando así ocasión a injustos ataques contra la capacidad de acción social del cristianismo y contra la eficacia de la doctrina social de la Iglesia.» (Pío XII.)

Hay en el fondo de todas estas actitudes un denominador común triste: la falsificación o deformación de la verdad en favor de los intereses propios. Lo que entristece, sobre todo, es que la que sale malparada de este juego es la Iglesia de Dios, y entristece el abuso que se hace del respeto hacia lo religioso, respeto que aún no ha desaparecido en gran parte de nuestro pueblo. Se presenta a la Iglesia y al sector poderoso en una unión total, casi simbiótica. En realidad, para muchos la Iglesia es solamente un escudo: sirve para defenderse, para huir estorba. La doctrina social proclamada por la Iglesia para defensa del humilde se convierte en un bombo que oculte inmundidades económicas. ¿Resultado? Confusionismo, desorientación, identificaciones peligrosas; tal vez segundas ediciones de algo que nadie quisiera volver a leer.

El problema, que aquí solamente se insinúa, es serio. La solución, tal vez, sobre-humana. En los momentos de pesimismo se nos suelen ocurrir a los hombres cosas que parecen absurdas, incoherentes. A mí, sin pretenderlo, me suele venir la frase de Pío XII: «La espada puede, a veces, desdichadamente, abrir el camino de la paz.»

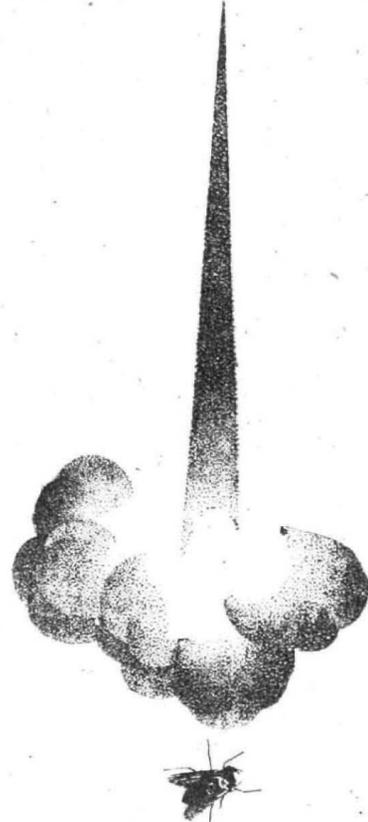
JOSE RAMON DE ARRIZABALAGA, S. J.

MISALES SANTAREN



ZZ COOPER PIBUTRIN es un INSECTICIDA NUEVO, TOTAL y DEFINITIVO. PIBUTRIN es un nombre comercial utilizado por la firma inglesa mundialmente conocida Cooper McDougall & Robertson Ltd. para designar los insecticidas formados por diferentes combinaciones de butóxido de piperonilo y piretrinas. PIBUTRIN destruye todos, absolutamente todos los insectos. PIBUTRIN es de acción fulminante. PIBUTRIN no supone riesgo alguno para las personas ni los animales domésticos. PIBUTRIN se fabrica y distribuye en España por Zeltia, S. A., Porriño, Pontevedra, para y con técnicas originales de Cooper, McDougall & Robertson Ltd., Berkhamsted, Herts, Inglaterra.

ZZ COOPER pibutrín



ZZ COOPER PIBUTRIN se presenta en el mercado en líquido pulverizable y en polvo, para usos industriales y domésticos.

Obsequie calidad. Piense en

MONTBLANC

Estilográficas
Con plumillas Delta o Rondo.

Esterógrafos
Con mecanismo de seguridad.

Lápices
Con sucesión de colores.